

101
POR CRISTOBAL DE LA HABANA
RECUERDOS DE ANTAÑO *Social,*

LOS HABANEROS CONTRA LA DOMINACIÓN INGLESA

dic. 1929.

DURANTE los meses que la capital de la Isla estuvo sometida a la dominación británica, ¿cuál fué la actitud de los habaneros para con los gobernantes y tropas ingleses?

Como españoles, amantes de la madre patria, que se consideraban en aquella época los habitantes, todos, de la Isla, ya fueran peninsulares o indianos, y como católicos, creyentes y fervorosos que eran hombres y mujeres, los habaneros trataron a los ingleses conquistadores como enemigos de su patria y de su religión, adoptando generalmente contra ellos franca hostilidad que hizo aún más aguda las exacciones que a la iglesia y a la ciudad impusieron Albemarle y Keppel.

Para apreciarlo así, debemos, pasando por encima del juicio de los historiadores, ir directamente a los documentos que han llegado hasta nosotros, escritos en aquellos días por quienes los vivieron.

El primero y más interesante, es la *Carta*, en la que un padre jesuita de la Habana dió cuenta, el 12 de diciembre de 1763, al Prefecto de la Compañía, en Sevilla, de la toma de la plaza por los ingleses.

El escribir sobre ello, aún en plena restauración española, lo juzga el jesuita muy sensible, porque así "lo fué, no sólo a la monarquía española, sino a todo el orbe católico".

Pinta luego, dándole, como es de suponer, importancia excepcional, el dolor que experimentó el pueblo habanero con el abandono de la ciudad que se vieron obligados a realizar los religiosos y religiosas para sustraerse a los peligros del ataque inglés. "La conmoción que causó en la ciudad este destierro—dice—sólo se deja comprender de quien la vió. ¡Qué consternación de nuestros ánimos al ver salir las esposas de Jesucristo, rompiendo los términos impertransibles hasta entonces de su clausura religiosa, y emprender a pie y en el mayor rigor del sol en el zenit, un viaje incierto y sin término, por caminos que las continuadas lluvias de los días anteriores habían puesto intransitables, sujetas a las molestias del hambre y sed y afligidas del mismo sobresalto y temor que las conducía!" Relata que muchas enfermaron y cuatro de las Claras, murieron.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

ORIGINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Y, contrastando con este cuadro tan doloroso para gentes religiosas como aquéllas, y con el que ofrecían las mujeres, ancianos y niños que también abandonaron la plaza, pinta el espectáculo que presentaban las tropas invasoras: "la regularidad de su marcha, el aseo y lucimiento de sus armas, la uniformidad del color rojo en todas las libreas que sobresalía en el verdor de los campos, todo esto si bien podía dar gusto a quien lo miraba curioso, debió ser más horrible a quien mirándolo en sus enemigos, consideraba cada una de estas circunstancias como ventajas que les anunciaban a los ingleses la victoria en el combate", victoria que éstos al fin alcanzaron, no obstante la decisión que en la defensa de la plaza pusieron los habaneros, mal armados y pertrechados, sin organización militar apenas, indecisos y débiles muchos de los jefes.

No fué, pues, la toma de la Habana una acción de guerra entre dos ejércitos sino la conquista por las tropas inglesas de toda una población después de una lucha denodada para rechazarlas.

Doblemente enemigos fueron los ingleses para los habaneros.

"No es ponderable—dice el padre jesuíta—el dolor que recibió toda la ciudad con la pérdida del Morro, y aún mirando tremolar en él la bandera de San Jorge, no se creía todavía"; dolor que llegó al paroxismo cuando se rindió la ciudad: "el dolor de los vecinos y naturales de la plaza al ver entregar su patria, excede a las palabras, y si bien debo decir en obsequio de la verdad, que con el tiempo ya no se hallaban muchos tan mal entre una nación que se portó no tan mal con nosotros, sino mejor de lo que nos podíamos prometer, sin embargo fué inexplicable el dolor de estos primeros días".

La ocupación de algunos templos, los impuestos exigidos a la iglesia, la deportación del obispo Morell, animaron aún más la hostilidad de los habaneros contra los dominadores.

Cuando el Conde de Albemarle quiso ofrecer en la Contaduría de Marina un sarao e invitó "por medio de sus primeros oficiales, a las señoras de carácter, respondieron las más a S. E. no haber enjugado las lágrimas para entretenerse en diversiones, y asistieron pocas". El Conde reiteró personalmente la invitación para otra fiesta la noche siguiente, y "no pudiendo excusarse fueron muchas, pero se les leía en el semblante el interior disgusto".

El propio padre jesuíta, al que terminamos aquí de glosar, después de contar el mal efecto y "escándalo" que a los habaneros producían "los ejercicios y boberías de su secta", que practicaba la tropa británica los domingos en la iglesia de San Isidro, que al efecto tomaron, y de hacer resaltar la general buena conducta de los católicos, fieles a su religión, censura acremente la perversión de algunas mujeres: "no dejamos de llorar el desorden de algunas mujeres que abandonando su religión, su honor, sus hijos y su patria, se han embarcado con ellos, y dos que contrajeron matrimonio según el rito protestante". Y agrega: "También ha sido reprehensible el haber dado lugar a sus oficiales para la familiaridad y trato



en muchas casas aún de alguna distinción, y no sabemos en qué hubieran parado a haberse diferido por algunos años el cautiverio: no obstante, las familias católicas por lo general mantuvieron su celo hasta el fin”.

Otro documento interesante de la época que revela la actitud hostil con que los habaneros recibieron la dominación inglesa, es el Memorial dirigido a Carlos III por las señoras de la Habana en 25 de agosto de 1762. “¿Adónde—dicen—recorrirán nuestros corazones penetrados del más vivo y tierno dolor, sino a los pies de V. M. en donde reside, después de Dios, el poder para confortarnos en tan grande tribulación?” Y le relatan el asedio y toma de la Habana y le ponderan “la amargura de ver a V. M. desposeído de una plaza tan importante a su corona”, le cuentan los yerros de algunos jefes militares; y terminan, exponiéndole sus ansias de que la Habana vuelva a poder de S. M.: “Esta es, Señor, la funesta tragedia que lloramos, las Havaneras, fidelísimas vasallas de V. M. cuyo poder mediante Dios impetramos, para que por paz o por guerra, en el recobro de sus dominios logremos el consuelo de ver en breve tiempo aquí fijado el estandarte de V. M. Esta sola esperanza nos alienta para no abandonar desde luego la patria y bienes, estimando en más el suave yugo del vasallage en que nacimos”.

Apreciando en conjunto esa actitud hostil de los habaneros para con los ingleses, dice Pezuela en su *Ensayo histórico*, que a pesar de los “justos procederés” de éstos en muchos aspectos de su actuación, “no se calmaba la aversión profunda que al inglés marcaban todas las clases; la mayor parte de las familias a quienes su profesión y fortuna permitían ausentarse, fijaron su residencia en sus haciendas. Los guajiros y vendedores de artículos de diario consumo se retraían de acudir al mercado, y muchas veces las tropas invasoras hubieron de racionarse con subsistencias enviadas de Charleston y de Jamaica”.

Y Bachiller y Morales, detallando esa hostilidad, nos refiere cómo “apenas hay familia rica y antigua que no pueda compartir los grandes servicios hechos para la defensa del país”, formándose “curiosos expedientes con el título algo pretencioso de “mercedes hechas a S. M. por tal o cual familia”. Y cita uno de su familia, Sotolongo y González de Carvajal, que dice, “sirve de pequeña muestra de lo que se hizo por cuantos pudieron ayudar al gobierno español en su defensa”.

Y en la sesión del Cabildo de la Habana, celebrada el 20 de Agosto de 1762 todos los señores capitulares acuerdan pedir al Gobernador, Juan de Prado, certificación, que éste les da, de los servicios que todos ellos prestaron en defensa de la ciudad y para rechazar el ataque del ejército y la marina ingleses, “con amor, lealtad y celo al real servicio y satisfacción pública”.

Recoge Bachiller la tradición que, “aprovechando los habitantes los primeros días de resentimiento, y la tendencia a embriagarse, daban a comer plátano como fruta a los ingleses y los hartaban con aguardiente, que si no los mataba de momento, como creía el vulgo, les producía enfermedades que solían tener por término la muerte. Hasta nuestros días se creyó que eran eficaces estos recursos de odio y especialmente siendo guineo el plátano (*musa paradisiaca*).”

